



CARLOS RUIZ ZAFÓN

EL LABERINTO DE LOS ESPÍRITUS

AE
& I

El Laberinto de los Espíritus

Autores Españoles e Iberoamericanos

Carlos Ruiz Zafón



El Laberinto de los Espíritus

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Corelliana, S. L., 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Fotografías de las portadillas:

Dies Irae: Vista aérea de Barcelona, 17 de marzo de 1938, Archivio Storico dell'Aeronautica Militare Italiana

Kyrie: Contraluz en las aceras de la Gran Vía de Madrid, 1953 © Fons Fotogràfic F. Català-Roca – Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya

La ciudad de los espejos: «Día del libro, 1932», Barcelona © Gabriel Casas i Galobardes. Fons Gabriel Casas de l'Arxiu Nacional de Catalunya

Los olvidados: Tranvía de la línea 12 (en el cruce Avda. Diagonal con Avda. Sarrià), 1932-1934, Barcelona © Gabriel Casas i Galobardes. Fons Gabriel Casas de l'Arxiu Nacional de Catalunya © Núria Casas – ANC

Agnus Dei: Contraluz en la estación de Atocha, Madrid 1953 © Fons Fotogràfic F. Català-Roca – Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya

Libera Me: Elegancia en la Gran Vía de Madrid, 1953 © Fons Fotogràfic F. Català-Roca – Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya

23-4-1960: Calle del Bisbe. Barcelona, 1973 © Fons Fotogràfic F. Català-Roca – Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya

Colofón: Escalera de la Sagrada Familia. Barcelona. © Fons Fotogràfic F. Català-Roca – Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya

FRANCESC CATALÀ-ROCA (Valls, 1922-Barcelona, 1998) es uno de los grandes fotógrafos del siglo XX; las atmósferas que retrata mantienen una gran afinidad con el universo literario de Carlos Ruiz Zafón

GABRIEL CASAS (Barcelona, 1892-1973) fue uno de los grandes fotoperiodistas del período de entreguerras, incorporando técnicas innovadoras. Represaliado en la posguerra, su obra ha sido recuperada recientemente

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2016

Depósito Legal: B. 19.929-2016

ISBN 978-84-08-16338-1

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

**EL LIBRO
DE DANIEL**

1

Aquella noche soñé que regresaba al Cementerio de los Libros Olvidados. Volvía a tener diez años y despertaba en mi antiguo dormitorio para sentir que la memoria del rostro de mi madre me había abandonado. Y del modo en que se saben las cosas en los sueños, sabía que la culpa era mía y solo mía porque no merecía recordarlo y porque no había sido capaz de hacerle justicia.

Al poco entraba mi padre, alertado por mis gritos de angustia. Mi padre, que en mi sueño todavía era joven y aún guardaba todas las respuestas del mundo, me abrazaba para consolarme. Luego, cuando las primeras luces pintaban una Barcelona de vapor, salíamos a la calle. Mi padre, por algún motivo que yo no acertaba a comprender, solo me acompañaba hasta el portal. Allí me soltaba la mano y me daba a entender que aquel era un viaje que debía hacer yo solo.

Echaba a caminar, pero recuerdo que me pesaban la ropa, los zapatos y hasta la piel. Cada paso que daba requería más esfuerzo que el anterior. Al llegar a las Ramblas advertía que la ciudad había quedado suspendida en un instante infinito. Las gentes habían detenido el paso y aparecían congeladas como figuras en una vieja fotografía. Una paloma que alzaba el vuelo dibujaba apenas el esbozo borroso de un batir de alas. Briznas de polen flotaban inmóviles en el aire como luz en polvo. El agua de la fuente de Canaletas brillaba en el vacío y parecía un collar de lágrimas de cristal.

Lentamente, como si intentara caminar bajo el agua, conseguía adentrarme en el conjuro de aquella Barcelona detenida en el tiempo hasta llegar al umbral del Cementerio de los Libros Olvidados. Una vez allí me detenía, exhausto. No acertaba a comprender qué era aquella carga invisible que arrastraba con-

migo y que casi no me permitía moverme. Así el aldabón y llamaba a la puerta, pero nadie acudía a abrirme. Golpeaba una y otra vez el gran portón de madera con los puños. Sin embargo, el guardián ignoraba mi súplica. Exánime, caía por fin de rodillas. Solo entonces, al contemplar el embrujo que había arrastrado a mi paso, me asaltaba la terrible certeza de que la ciudad y mi destino quedarían por siempre congelados en aquel sortilegio y que nunca podría recordar el rostro de mi madre.

Era entonces, al abandonar toda esperanza, cuando lo descubría. El pedazo de metal estaba oculto en el bolsillo interior de aquella chaqueta de colegial que llevaba mis iniciales bordadas en azul. Una llave. Me preguntaba cuánto tiempo llevaba allí sin yo saberlo. La llave estaba teñida de herrumbre y era casi tan pesada como mi conciencia. A duras penas lograba alzarla con ambas manos hasta la cerradura. Tenía que empeñar hasta el último aliento para conseguir hacerla girar. Cuando ya creía que nunca podría hacerlo, el cerrojo cedía y el portón se deslizaba hacia el interior.

Una galería curvada se adentraba en el viejo palacio, punteada con un rastro de velas prendidas que dibujaba el camino. Me sumergía en las tinieblas y oía la puerta sellándose a mi espalda. Reconocía entonces aquel corredor flanqueado por frescos de ángeles y criaturas fabulosas que escudriñaban desde la sombra y parecían moverse a mi paso. Recorría el corredor hasta llegar a un arco que se abría a una gran bóveda y me detenía en el umbral. El laberinto se alzaba frente a mí en un espejismo infinito. Una espiral de escalinatas, túneles, puentes y arcos tramados en una ciudad eterna construida con todos los libros del mundo ascendía hasta una inmensa cúpula de cristal.

Mi madre esperaba allí, al pie de la estructura. Estaba tendida en un sarcófago abierto con las manos cruzadas sobre el pecho, la piel tan pálida como el vestido blanco que enfundaba su cuerpo. Tenía los labios sellados y los ojos cerrados. Yacía

inerte en el reposo ausente de las almas perdidas. Acercaba mi mano para acariciarle el rostro. Su piel estaba fría como el mármol. Entonces abría los ojos y su mirada embrujada de recuerdos se clavaba en la mía. Cuando desplegaba sus labios oscurecidos y hablaba, el sonido de su voz era tan atronador que me embestía como un tren de carga y me arrancaba del suelo, lanzándome en el aire y dejándome suspendido en una caída sin fin mientras el eco de sus palabras derretía el mundo.

Tienes que contar la verdad, Daniel.

Desperté de golpe en la penumbra del dormitorio, empapado en sudor frío, para encontrar el cuerpo de Bea tendido a mi lado. Ella me abrazó y acarició mi rostro.

—¿Otra vez? —murmuró.

Asentí y respiré hondo.

—Estabas hablando. En sueños.

—¿Qué decía?

—No se entendía —mintió Bea.

La miré y me sonrió con lo que me pareció lástima, o tal vez solo fuera paciencia.

—Duérmete otro rato más. Todavía falta una hora y media para que suene el despertador y hoy es martes.

Martes significaba que me tocaba a mí llevar a Julián al colegio. Cerré los ojos y fingí dormirme. Cuando los volví a abrir un par de minutos más tarde encontré el rostro de Bea, observándome.

—¿Qué? —pregunté.

Se inclinó sobre mí y me besó en los labios suavemente. Sabía a canela.

—Yo tampoco tengo sueño —insinuó.

Empecé a desnudarla sin prisa. Estaba por arrancar las sábanas y tirarlas al suelo cuando oí pasos ligeros tras la puerta del dormitorio. Bea detuvo el avance de mi mano izquierda entre sus muslos y se incorporó apoyándose sobre los codos.

—¿Qué pasa, cariño?

El pequeño Julián nos observaba desde la puerta con una sombra de pudor e inquietud.

—Hay alguien en mi habitación —musitó.

Bea exhaló un suspiro y le tendió los brazos. Julián se apresuró a refugiarse en el abrazo de su madre y yo renuncié a toda esperanza en pecado concebida.

—¿El Príncipe Escarlata? —preguntó Bea.

Julián asintió, compungido.

—Ahora mismo papá va a ir a tu habitación y le va a echar a patadas para que no vuelva nunca más.

Nuestro hijo me lanzó una mirada desesperada. ¿Para qué sirve un padre si no es para misiones heroicas de esta envergadura? Le sonreí y le guiñé el ojo.

—A patadas —repetí con el gesto más furioso que pude conjurar.

Julián se permitió un amago de sonrisa. Salté de la cama y recorrí el pasillo hasta su habitación. La estancia me recordaba tanto a la que yo había tenido a su edad algún piso más abajo que por un instante me pregunté si no estaría todavía atrapado en el sueño. Me senté a un lado de la cama y encendí la lamparilla de noche. Julián vivía rodeado de juguetes, algunos heredados de mí, pero sobre todo de libros. No tardé en encontrar al sospechoso escondido debajo del colchón. Tomé aquel pequeño libro encuadernado en negro y lo abrí por la primera página.

El Laberinto de los Espíritus VII **Ariadna y el Príncipe Escarlata**



Texto e ilustraciones de Víctor Mataix

Ya no sabía dónde ocultar aquellos libros. Por mucho que afinara el ingenio para encontrar nuevos escondites, el olfato de mi hijo los detectaba sin remedio. Pasé las hojas del volumen al vuelo y me asaltaron de nuevo los recuerdos.

Cuando regresé a la habitación tras confinar una vez más el libro en lo alto del armario de la cocina —donde sabía que, más temprano que tarde, mi hijo daría con él—, hallé a Julián en brazos de su madre. Ambos habían sucumbido al sueño. Me detuve a observarlos desde el umbral, amparado en la penumbra. Escuché su respiración profunda y me pregunté qué habría hecho el hombre más afortunado del mundo para merecer su suerte. Los contemplé dormir enlazados, ajenos al mundo, y no pude evitar recordar el miedo que había sentido la primera vez que los vi así abrazados.

2

Nunca se lo he contado a nadie, pero la noche en que nació mi hijo Julián y le observé por primera vez en brazos de su madre entregado a esa calma bendita de los que no saben bien todavía a qué clase de lugar han llegado, sentí deseos de echar a correr y no parar hasta que se me acabara el mundo. Yo era por entonces apenas un crío y seguramente la vida me venía aún muy grande, pero, por muchas excusas que sea capaz de pergeñar, todavía siento el amargo regusto a vergüenza ante el amago de cobardía que se apoderó de mí y que, incluso después de todos aquellos años, no había tenido el valor de confesarle a quien más se lo debía.

Los recuerdos que uno entierra en el silencio son los que nunca dejan de perseguirle. El mío es el de una habitación de

techos infinitos y un soplo de luz ocre que destilaba una lámpara en lo alto para dibujar el contorno de un lecho sobre el que yacía una muchacha de apenas diecisiete años con un niño en los brazos. Cuando Bea, vagamente consciente, alzó la vista y me sonrió, se me llenaron los ojos de lágrimas. Me arrodillé junto a la cama y hundí el rostro en su regazo. Sentí que me tomaba la mano y la apretaba con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No tengas miedo —susurró.

Pero lo tuve. Y por un instante, cuya vergüenza me ha perseguido desde entonces, quise estar en cualquier lugar menos en aquella habitación y en aquella piel. Fermín había presenciado la escena desde la puerta y, como era su costumbre, debió de leerme el pensamiento antes de que yo pudiera formularlo. Sin darme tiempo a abrir la boca me tomó del brazo y, dejando a Bea y al niño en la buena compañía de su prometida, la Bernarda, me condujo hasta el pasillo, una larga galería de perfil afilado que se perdía en la penumbra.

—¿Sigue usted vivo, Daniel? —preguntó.

Asentí levemente mientras intentaba recuperar un aliento que se me había caído por el camino. Cuando hice ademán de regresar a la habitación, Fermín me retuvo.

—Mire, la próxima vez que entre usted ahí tiene que ser con algo más de temple. Por suerte la señora Bea está todavía medio ida y no se debe de haber dado cuenta de la misa la mitad. Ahora bien, si me permite la sugerencia, creo que nos iría de perlas un golpecillo de aire fresco con que desatascarnos el susto y emprender la segunda oportunidad con más brío.

Sin esperar respuesta, Fermín me asió del brazo y me guió a lo largo del corredor hasta una escalinata que nos condujo a una balaustrada suspendida entre Barcelona y el cielo. Una brisa fría que mordía con ganas me acarició el rostro.

—Cierre los ojos y respire hondo tres veces. Sin prisa, como si los pulmones le llegasen a los zapatos —aconsejó Fermín—.

Es un truco que me explicó un monje tibetano la mar de golfo al que conocí cuando oficiaba como recepcionista y contable en un burdelillo portuario. No sabía nada el sinvergüenza...

Inhalé profundamente las tres veces prescritas, y otras tres más de propina, aspirando los beneficios del aire puro que prometían Fermín y su gurú tibetano. Sentí que se me iba un poco la cabeza, pero Fermín me sostuvo.

—Tampoco se me vaya a quedar catatónico ahora. Espabilé un poco, que la situación demanda calma pero no pasmo.

Abrí los ojos para encontrar las calles desiertas y la ciudad dormida a mis pies. Rondaban las tres de la madrugada y el hospital de San Pablo yacía sumido en un letargo de tinieblas, su ciudadela de cúpulas, torreones y arcos tramando arabescos entre la neblina que se derramaba desde lo alto del monte Carmelo. Contemplé en silencio aquella Barcelona indiferente que solo se ve desde los hospitales, ajena a los temores y esperanzas del observador, y dejé que el frío fuera calando hasta aclararme la mente.

—Pensará usted que soy un cobarde —dije.

Fermín me sostuvo la mirada y se encogió de hombros.

—No dramatice. Más bien pienso que anda bajo de presión y alto de congoja, que viene a ser lo mismo pero exime de responsabilidad y escarnio. Afortunadamente, aquí llevo la solución.

Se desabrochó la gabardina, un insondable bazar de prodigios que hacía las veces de herbolario móvil, museo de curiosidades y repositorio de artefactos y reliquias rescatados de mil mercadillos y subastas de medio pelo.

—No sé cómo puede usted llevar tanta quincalla encima, Fermín.

—Física avanzada. Al computar mi magra anatomía mayormente en fibras musculares y cartilaginosas, este pequeño arsenal me refuerza el campo gravitatorio y proporciona un sólido anclaje contra vientos y mareas. Y no se crea que me va a despistar con tanta facilidad con apostillas que orinan fuera

de tiesto, que aquí no hemos subido ni a cambiar cromos ni a pelar la pava.

Hecha esta advertencia, Fermín extrajo de uno de sus múltiples bolsillos una petaca de hojalata y procedió a desenroscar el tapón. Olfateó el contenido como si se tratase de los efluvios del paraíso y sonrió su aprobación. Entonces me tendió el botellín y, mirándome a los ojos con solemnidad, asintió.

—Beba ahora o arrepíentase para siempre.

Acepté la petaca a regañadientes.

—¿Qué es esto? Huele a dinamita...

—Tonterías. Es solo un cóctel formulado para resucitar difuntos y muchachillos amilanados ante las responsabilidades del destino. Se trata de una fórmula maestra de mi cosecha elaborada a base de Anís del Mono y otros aguardientes batidos con un brandy peleón que le compro al gitano tuerto del quiosco de la cazalla, todo ello rematado con unas gotas de ratafía y Aromas de Montserrat para darle ese *bouquet* inconfundible de la huerta catalana.

—Madre de Dios.

—Venga, que aquí es donde se demuestra quién es un valiente y quién no da la talla. De un trago, como si fuera un legionario infiltrado en un banquete nupcial.

Obedecí y engullí aquel mejunje infernal que sabía a gasolina picada con azúcar. El licor me incendió las entrañas y, antes de que pudiera recuperar el sentido común, Fermín hizo un gesto indicándome que repitiera la operación. Protestas y terremoto intestinal aparte, apuré la segunda dosis agradeciendo el sopor y el temple que aquel brebaje me habían conferido.

—¿Qué tal? —preguntó Fermín—. Mejor, ¿verdad? Esto es el tentempié de los campeones.

Asentí convencido, resoplando y aflojándome los botones del cuello. Fermín aprovechó la ocasión para tomar un sorbo de su brebaje y guardó de nuevo la petaca en su gabardina.

—Nada como la química para domar la lírica. Pero no se

me vaya a aficionar al truco, que el licor es como el matarratas o la generosidad: cuanto más se usa, menos efecto tiene.

—Descuide.

Fermín señaló el par de puros habanos que asomaban de otro bolsillo de su gabardina, aunque negó guiñándome el ojo.

—Tenía reservados para hoy este par de Cohibas sustraídos *in extremis* del humidificador de mi futuro suegro en funciones, don Gustavo Barceló, pero creo que casi los dejamos para otro día porque no le veo en forma y tampoco es cuestión de dejar a la criatura huérfana en su día de estreno.

Fermín me palmeó cariñosamente la espalda y dejó transcurrir unos segundos, dando tiempo a que los efluvios de su cóctel se me esparcieran por la sangre y una nebulosa de tranquilidad etílica enmascarase la sensación de pánico sordo que me embargaba. Tan pronto como Fermín reconoció el tono vidrioso en mi mirada y la dilatación de pupilas que precedían al embobamiento general de los sentidos, se lanzó al discurso que sin duda llevaba tramando toda la noche.

—Amigo Daniel, ha querido Dios, o quien en su ausencia el cargo ostente, que sea más fácil ser padre y traer una criatura al mundo que obtener el carnet de conducir. Tan infausta circunstancia se traduce en que un desorbitado número de cretinos, soplazurullos y botarates se consideren a sí mismos licenciados para procrear y, luciendo la medalla de la paternidad, desgracien para siempre a las infortunadas criaturas que con sus vergüenzas van engendrando. Por ello, hablando con la autoridad que me confiere el encontrarme yo también en la empresa de dejar preñada a mi amada Bernarda tan pronto como la gónada y el santo matrimonio que ella me exige *sine qua non* lo permitan, y de este modo pueda seguirle a usted en este viaje a la gran responsabilidad del hecho paternal, debo afirmar y afirmo que usted, Daniel Sempere Gispert, pipiolo en estado de adultez incipiente, pese a la magra fe que en este momento tiene en sí mismo y en su viabilidad como *paterfamilias*, es y será un progenitor ejemplar, si bien novicio y algo pardillo en general.

A media perorata ya me había quedado en blanco, bien por efecto de la fórmula explosiva o por la pirotecnia gramatical desplegada por mi buen amigo.

—Fermín, no estoy seguro de lo que ha dicho.

Él suspiró.

—Quería decir que ya sé que en estos momentos está usted a punto de perder el control de los esfínteres y que todo esto le desborda, Daniel, pero como le ha comunicado la santa de su señora esposa, no debe usted tener miedo. Que los niños, al menos el suyo, vienen con un pan y un plan debajo del brazo, y que si uno tiene en el alma un mínimo de decencia y decoro, y algún seso en la cabeza, encuentra la manera de no arruinarles la vida y de ser un padre del que nunca tengan que avergonzarse.

Miré de reojo a aquel hombrecillo que hubiera dado la vida por mí y que siempre tenía una palabra, o diez mil, con que solventar todos los dilemas y mi ocasional tendencia a la flojera existencial.

—Ojalá sea tan fácil como usted lo pinta, Fermín.

—Nada que valga la pena en esta vida es fácil, Daniel. Cuando yo era joven pensaba que para navegar por el mundo bastaba con aprender a hacer bien tres cosas. Una: atarse los cordones de los zapatos. Dos: desnudar a una mujer a conciencia. Y tres: leer para saborear cada día unas páginas compuestas con luz y destreza. Me parecía que un hombre que pisa firme, sabe acariciar y aprende a escuchar la música de las palabras vive más y, sobre todo, vive mejor. Pero los años me han enseñado que con eso no basta y que a veces la vida nos ofrece la oportunidad de aspirar a ser algo más que un bípedo que come, excreta y ocupa espacio temporal en el planeta. Y hoy el destino, en su infinita inconsciencia, ha querido ofrecerle a usted esa oportunidad.

Asentí con poco convencimiento.

—¿Y si no estoy a la altura?

—Daniel, si en algo nos parecemos es en que usted y yo

hemos sido bendecidos con la fortuna de encontrar mujeres que no nos merecemos. Es claro y meridiano que en este viaje las alforjas y la altura las pondrán ellas y que nosotros simplemente debemos intentar no fallarles. ¿Qué me dice?

—Que me encantaría creerle a pies juntillas, pero me cuesta. Fermín negó, quitándole importancia al asunto.

—No tema. Es el mestizaje espirituoso con que le he empapado, que le nubla la poca aptitud que tiene usted para mi retórica de fino vuelo. Pero usted sabe que en estas lides tengo bastante más kilometraje que usted y por lo general llevo más razón que un carromato de santos.

—Eso no se lo discutiré.

—Y hará bien, porque perdería al primer asalto. ¿Se fía usted de mí?

—Claro, Fermín. Yo con usted hasta el fin del mundo, ya lo sabe.

—Pues hágame caso y fíese usted también de sí mismo, como yo lo hago.

Le miré a los ojos y asentí lentamente.

—¿Recuperado ya el sentido común? —preguntó.

—Creo que sí.

—Pues entonces recomponga esa triste figura, asegúrese de que tiene la masa testicular sujeta en el lugar que corresponde y vuelva a la habitación a abrazar a la señora Bea y al retoño como el hombre que ambos acaban de hacerle. Porque no le quepa duda de que aquel muchacho que tuve el honor de conocer años ha una noche bajo los arcos de la Plaza Real, y que tantos sustos me ha dado desde entonces, se tiene que quedar en el preludio de esta aventura. Que nos queda mucha historia por vivir, Daniel, y la que nos espera ya no es cosa de niños. ¿Está usted conmigo? ¿Hasta ese fin del mundo, que quién no nos dice que pueda estar a la vuelta de la esquina?

No se me ocurrió otra cosa que envolverle en un abrazo.

—¿Qué haría yo sin usted, Fermín?

—Equivocarse a menudo. Y ya en esa línea de cautela, tenga en cuenta que uno de los efectos secundarios más habituales derivados de la ingesta de la mescolanza que acaba usted de embeber es el reblandecimiento temporal del pudor y cierta exuberancia en el músculo sentimental. Por ello, cuando la señora Bea le vea entrar ahora en la habitación, mírela a los ojos para que ella sepa que la quiere de verdad.

—Ya lo sabe.

Fermín negó pacientemente.

—Hágame caso —precisó—. No hace falta que lo diga si le da vergüenza, porque los varones somos así y la testosterona no alienta al verso. Pero que ella lo sienta. Porque estas cosas más que decirlas hay que demostrarlas. Y no de Pascuas a Ramos, sino todos los días.

—Lo intentaré.

—Haga algo mejor que intentarlo, Daniel.

Y así, despojado por obra y gracia de Fermín del eterno y frágil refugio de mi adolescencia, me encaminé de vuelta a la habitación donde esperaba mi destino.

Muchos años después, el recuerdo de aquella noche habría de volver a mi memoria cuando, refugiado de madrugada en la trastienda de la vieja librería de la calle Santa Ana, procuraba una vez más enfrentarme a la página en blanco sin saber ni por dónde empezar a explicarme a mí mismo la verdadera historia de mi familia, empresa a la que llevaba meses o años dedicado pero a la que había sido incapaz de aportar una sola línea salvable.

Fermín, aprovechando un brote de insomnio que atribuyó a la digestión de medio kilo de chicharrones, había decidido hacerme una visita de madrugada. Al verme agonizar frente a una página en blanco armado de una estilográfica que goteaba como un coche usado, se sentó a mi lado y sopesó la marea de folios arrugados que se esparcían a mis pies.

—No se ofenda, Daniel, pero ¿tiene usted la más mínima idea de lo que está haciendo?

—No —admití—. A lo mejor, si probase con una máquina de escribir cambiaría todo. Dicen en los anuncios que la Underwood es la elección del profesional.

Fermín consideró la promesa publicitaria, pero negó con vehemencia.

—Entre mecanografiar y escribir median años luz.

—Gracias por los ánimos. Y usted ¿qué hace por aquí a estas horas?

Fermín se palpó la tripa.

—La ingesta de un gorrino entero en estado de fritura me ha dejado el estómago revuelto.

—¿Quiere un poco de bicarbonato?

—Mejor no, que me da *trempera* nocturna, con perdón, y entonces sí que no hay manera de pegar ojo.

Abandoné la pluma y mi enésimo intento de redactar una sola frase utilizable, y busqué la mirada de mi amigo.

—¿Todo bien por aquí, Daniel? Aparte de su infructuoso asalto al castillo de la narrativa, quiero decir...

Me encogí de hombros. Como siempre, Fermín había aparecido en un momento providencial haciendo honor a su condición de *pícarus ex machina*.

—No sé muy bien cómo preguntarle algo que hace tiempo que me ronda por la cabeza —aventuré.

Él se cubrió la boca y administró un eructo breve pero sentido.

—Si está relacionado con algún truquillo de alcoba, dispare sin pudor, que le recuerdo que yo en estas lides soy como un facultativo diplomado.

—No, no es un tema de alcoba.

—Lástima, porque tengo información fresca sobre un par de nuevos ardidés que...

—Fermín —le corté—, ¿cree usted que he vivido la vida que tenía que vivir, que he estado a la altura?

Mi amigo se quedó con la palabra en la boca. Bajó la mirada y suspiró.

—No me diga que es eso de lo que va en realidad esta fase suya del Balzac embarrancado. Búsqueda espiritual y todo eso...

—¿No escribe uno acaso para entenderse mejor a sí mismo y al mundo?

—No, si uno sabe lo que se hace, cosa que usted...

—Es usted un pésimo confesor, Fermín. Ayúdeme un poco.

—Creí que estaba intentando convertirse en novelista, no en beato.

—Dígame la verdad. Usted que me conoce desde que era niño, ¿le he decepcionado? ¿He sido el Daniel que usted esperaba? ¿El que mi madre habría querido que fuera? Dígame la verdad.

Fermín puso los ojos en blanco.

—La verdad son las tonterías que dice la gente cuando se cree que sabe algo, Daniel. Yo sé tanto de la verdad como de la talla de *brassière* que gasta aquella formidable fémina de nombre y busto puntiagudos que vimos en el cine Capitol el otro día.

—Kim Novak —precisé.

—A la que Dios y la ley de la gravedad tengan en su gloria. Y no, no me ha decepcionado, Daniel. Nunca. Es usted un buen hombre y un buen amigo. Y si quiere saber mi opinión, sí, creo que su difunta madre Isabella habría estado orgullosa de usted y hubiera pensado que era usted un buen hijo.

—Pero no un buen novelista. —Sonreí.

—Mire, Daniel, usted de novelista tiene lo que yo de monje dominico. Y lo sabe. Eso no hay pluma o Underwood bajo el sol que lo cambie.

Suspiré y me abandoné a un largo silencio. Fermín me observaba, pensativo.

—¿Sabe una cosa, Daniel? Lo que pienso de verdad es que después de todo lo que usted y yo hemos pasado, aún soy aquel pobre infeliz que se encontró tirado en la calle y al que se

llevó a casa por caridad, y que usted todavía es aquel crío desvalido que iba por el mundo perdido y tropezando con misterios sin cuento creyendo que si los resolvía, tal vez, de puro milagro, recuperaría el rostro de su madre y la memoria de la verdad que el mundo le había robado.

Sopese sus palabras, que habían tocado hueso.

—¿Tan terrible sería si así fuera?

—Podría ser peor. Podría ser usted un novelista, como su amigo Carax.

—A lo mejor lo que tendría que hacer es encontrarlo y convencerle para que fuese él quien escribiera esta historia —apunté—. Nuestra historia.

—Eso dice a veces su hijo Julián.

Miré de reojo a Fermín.

—¿Que Julián dice qué? ¿Qué sabe Julián de Carax? ¿Le ha hablado usted a mi hijo de Carax?

Fermín adoptó su semblante oficial de corderillo degollado.

—¿Yo?

—¿Qué le ha contado usted?

Fermín resopló, restando importancia al tema.

—Minucias. A lo sumo notas a pie de página del todo inofensivas. Lo que ocurre es que el niño es de disposición inquisitiva y luces largas y, claro, lo pillá todo y va atando cabos. Yo no tengo la culpa si la criatura es espabilada. Es evidente que a usted no ha salido.

—Madre de Dios... ¿Y ya sabe Bea que ha estado usted hablando de Carax con el niño?

—Yo en su vida conyugal no me meto. Pero dudo que haya mucho que la señora Bea no sepa o intuya.

—Le prohíbo terminantemente que le hable a mi hijo sobre Carax, Fermín.

Él se llevó la mano al pecho y asintió con solemnidad.

—Mis labios están sellados. Caiga sobre mí la más negra ignominia si en un momento de obnubilación quebrantare así este solemne voto de silencio.

—Y ya puestos tampoco mencione a Kim Novak, que le conozco.

—Ahí soy inocente como el becerrillo que quita el pecado del mundo porque ese tema lo saca el niño, que de tonto no tiene un pelo.

—Es usted imposible.

—Acepto con abnegación sus injustas pullas porque sé que las provoca la frustración ante lo escuálido de su propio ingenio. ¿Tiene vucencia algún nombre más que añadir a la lista negra de los no mencionables aparte de Carax? ¿Bakunin? ¿Estrellita Castro?

—¿Por qué no se va a dormir y me deja en paz, Fermín?

—¿Y dejarle aquí a usted solo frente al peligro? Quite, que al menos hace falta un adulto cuerdo entre el público.

Fermín examinó la estilográfica y la pila de folios en blanco que aguardaban sobre el escritorio, calibrándolo todo fascinado como si se tratase de un juego de instrumentos quirúrgicos.

—¿Ya se le ha ocurrido cómo arrancar esta empresa?

—No. Estaba en ello cuando ha venido usted y ha empezado a decir sandeces.

—Tonterías. Sin mí usted no escribe ni la lista de la compra.

Convencido al fin, y arremangándose ante la titánica tarea que nos aguardaba, se plantó en una silla a mi lado y me miró fijamente con esa intensidad de quienes apenas necesitan palabras para entenderse.

—Hablando de listas: mire, yo de este negocio del novelón sé menos que de la manufactura y uso del cilicio, pero se me ocurre que antes de empezar a contar nada habrá que hacer una lista de lo que uno quiere contar. Un inventario, digamos.

—¿Una hoja de ruta? —sugerí.

—Una hoja de ruta es lo que pergeña uno cuando no sabe bien adónde va y así se convence a sí mismo y a algún que otro bobo de que se dirige a algún sitio.

—No es tan mala idea. El autoengaño es el secreto de toda empresa imposible.

—¿Lo ve? Formamos un tándem imbatible. Usted anota y yo pienso.

—Pues vaya pensando en voz alta.

—¿Ya hay suficiente tinta en ese chisme para el viaje de ida y vuelta a los infiernos?

—Suficiente para echar a andar.

—Ahora solo falta decidir por dónde empezamos a hacer la lista.

—¿Qué tal si empezamos por la historia de cómo la conoció usted? —pregunté.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser, Fermín? A nuestra Alicia en la Barcelona de las Maravillas.

Una sombra cruzó su rostro.

—Esa historia no creo que se la haya contado a nadie, Daniel. Ni a usted.

—¿Qué mejor puerta entonces para adentrarse en el laberinto?

—Un hombre debería poder morir llevándose algún que otro secreto por delante —objetó Fermín.

—Demasiados secretos son los que llevan a un hombre a la tumba antes de hora.

Fermín alzó las cejas, sorprendido.

—¿Quién dijo eso? ¿Sócrates? ¿Yo?

—No. Por una vez lo dijo Daniel Sempere Gispert, el *Homo pardicus*, hace tan solo unos segundos.

Fermín sonrió complacido y peló un Sugus de limón que procedió a llevarse a los labios.

—Le ha costado años, pero ya va aprendiendo del maestro, granujilla. ¿Quiere uno?

Acepté el Sugus porque sabía que era la posesión más preciada de todo el patrimonio de mi amigo Fermín y que me honraba compartiendo su tesoro.

—¿Ha oído decir usted alguna vez aquello tan socorrido de que en el amor y en la guerra está todo permitido, Daniel?

—Alguna vez. Normalmente en boca de los que están más por la guerra que por el amor.

—Así es, porque en el fondo es mentira podrida.

—¿Es esta entonces una historia de amor o de guerra?

Fermín se encogió de hombros.

—¿Cuál es la diferencia?

Y así, al amparo de la medianoche, un par de Sugus y un embrujo de recuerdos que amenazaba con desvanecerse en la niebla del tiempo, Fermín empezó a hilvanar los hilos que habrían de tejer el final, y el principio, de nuestra historia...

Fragmento de

El Laberinto de los Espíritus

(*El Cementerio de los Libros Olvidados*, Volumen IV),

de Julián Carax.

Éditions de la Lumière, París, 1992. Edición a cargo de

Émile de Rosiers Castellaine